

**GESTIÓN CULTURAL, DE
LA ACELERACIÓN
ECONÓMICA AL
PARADIGMA HUMANISTA**

Gestión cultural, de la aceleración económica al paradigma humanista

Catalizador para el desarrollo centrado en la naturaleza humana, la
desaceleración económica y la autonomía ante el hiperconsumismo

Autor: Ivan Esco

© 2026 Ivan Esco (Ivan Escobartirado)

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9789403930541

Edición en español

Publicación académica independiente.

Diseño y maquetación: Ivan Esco

ivanesco.personal@gmail.com

Publicación académica independiente, elaborada con recursos propios y sin
vínculos institucionales.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o
transmitida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización previa del
autor.

Impresión bajo demanda - Recomendación de sostenibilidad:
Elija la versión digital para reducir el consumo de papel.

Dedicatoria

A quienes sienten que la humanidad ha corrido demasiado lejos de sí misma.

A quienes han cargado el cansancio de una época que, en nombre del progreso, ha acelerado sus ritmos hasta olvidar la fragilidad, la belleza y la profundidad de la vida. A quienes han visto cómo la ansiedad, el agotamiento, la desconexión y tantas formas de sufrimiento se convierten en señales de un mundo que necesita reencontrar su equilibrio.

Este manifiesto está dedicado a quienes todavía creen que es posible sanar.

A quienes trabajan por un renacimiento de lo humano: una nueva relación con la naturaleza, con el tiempo, con la comunidad y con nuestra propia existencia. A quienes imaginan sociedades donde el bienestar no sea medido únicamente por la velocidad de la producción, sino por la calidad de la vida; donde la creación, el cuidado, la contemplación y la cultura vuelvan a ocupar un lugar esencial.

Que las heridas provocadas por una aceleración económica inconsciente encuentren respuesta en caminos más serenos, más justos y más acordes con nuestra condición humana.

Que volvamos a escuchar los ritmos de la naturaleza, no como un límite al desarrollo, sino como una guía para construir futuros posibles.

Que podamos recuperar una forma de vivir donde avanzar no signifique agotarnos, donde crecer no implique destruir, y donde la humanidad encuentre nuevamente la armonía entre lo que puede hacer y aquello que verdaderamente necesita.

A quienes mantienen viva la esperanza de un mundo más lento, más consciente y más humano: estas páginas son para ustedes.

Prefacio

Toda civilización construye sus propios ideales de éxito, sus propias formas de medir el avance y sus propios criterios para definir aquello que considera valioso. Durante los últimos siglos, gran parte de la humanidad ha organizado sus instituciones, sus economías y sus imaginarios colectivos alrededor de una premisa dominante: crecer es avanzar, producir es prosperar y acelerar es mejorar.

Esta lógica ha permitido importantes conquistas materiales, científicas y tecnológicas. Ha ampliado capacidades humanas, transformado las condiciones de vida y abierto posibilidades que generaciones anteriores difícilmente habrían imaginado. Sin embargo, toda construcción humana contiene también sus propias tensiones. El mismo modelo que ha generado abundancia material ha producido, al mismo tiempo, nuevas formas de agotamiento, desigualdad, desconexión y pérdida de sentido.

La pregunta fundamental que atraviesa este libro no es si la humanidad debe abandonar el desarrollo, la economía o la innovación. La pregunta es mucho más profunda: ¿para qué debe servir el desarrollo? ¿Debe la economía organizar la vida humana o debe la vida humana orientar la organización económica?

Este manifiesto nace de una inquietud filosófica, social y cultural: la posibilidad de que una sociedad pueda haber confundido los medios con los fines. La economía fue creada como una herramienta para administrar recursos, satisfacer necesidades y permitir el florecimiento humano; sin embargo, progresivamente, el crecimiento económico ha adquirido una posición casi autónoma, convirtiéndose en un objetivo permanente que exige adaptación constante de las personas, los territorios y las instituciones.

La aceleración económica contemporánea ha configurado una existencia marcada por la urgencia. El tiempo humano ha sido incorporado progresivamente a una lógica de productividad continua, donde cada momento debe demostrar utilidad, rentabilidad o capacidad de generar valor económico. En esta dinámica, dimensiones esenciales de la experiencia humana —la contemplación, la creación, el aprendizaje, la convivencia, el juego, el cuidado y la expresión cultural— han quedado relegadas frente a aquello que puede medirse inmediatamente en términos económicos.

Este libro propone mirar esta situación desde una perspectiva interdisciplinaria, propia de una comprensión amplia de la realidad humana. La economía, la filosofía, la sociología, la antropología, la psicología, la política pública y la gestión cultural no son aquí campos separados, sino diferentes formas de aproximarse a

una misma pregunta: ¿cómo construir sociedades más coherentes con aquello que somos como seres humanos?

Una de las ideas centrales de esta obra es que los sistemas económicos no son fenómenos naturales e inmodificables. Son construcciones históricas creadas por sociedades concretas y, por lo tanto, pueden ser revisadas, transformadas y orientadas hacia nuevos propósitos. La manera en que producimos, consumimos y organizamos nuestro tiempo no responde únicamente a leyes inevitables, sino también a decisiones colectivas, valores culturales y prioridades sociales.

Desde esta perspectiva aparece la propuesta de la desaceleración económica. No como una negación del progreso, ni como una defensa de la inmovilidad, sino como una invitación a recuperar una relación más equilibrada entre economía y vida. Desacelerar significa cuestionar la obligación permanente de producir más, consumir más y competir más; significa reconocer que una sociedad puede buscar bienestar sin depender exclusivamente de una expansión material ilimitada.

La desaceleración económica abre un espacio fundamental: el tiempo humano. Y el tiempo humano es la condición necesaria para aquello que constituye una de las expresiones más profundas de nuestra especie: la creación.

Crear es una de las características esenciales de la humanidad. Creamos lenguajes, obras artísticas, conocimientos, tradiciones, símbolos, tecnologías y formas de convivencia. La cultura no es un elemento complementario de la existencia social; es una de sus manifestaciones fundamentales. Es el espacio donde las sociedades interpretan su pasado, expresan su presente e imaginan su futuro.

Por esta razón, este libro sitúa a la gestión cultural en un lugar central. Tradicionalmente comprendida como una disciplina vinculada a la administración de proyectos artísticos y culturales, aquí se plantea como una herramienta estratégica para la organización de una nueva economía orientada al desarrollo humano.

La gestión cultural profesional posee la capacidad de construir ecosistemas donde la creación pueda convertirse en una actividad sostenible, donde los públicos puedan participar activamente de la vida cultural y donde las instituciones, políticas y comunidades puedan generar circuitos económicos alrededor del conocimiento, el arte, el patrimonio, el entretenimiento y la creatividad.

Una sociedad menos presionada por la expansión económica permanente podría permitir que más personas dedicaran parte significativa de su existencia a producir cultura. El artista, el creador, el investigador, el narrador, el músico, el artesano, el gestor cultural y todos aquellos que generan valor simbólico dejarían de ocupar una posición marginal dentro de la estructura social. La creación cultural podría

ser comprendida no como una excepción reservada para unos pocos, sino como una forma legítima y necesaria de participación humana.

Esta visión requiere ampliar nuestra comprensión de la riqueza. La riqueza de una sociedad no puede encontrarse únicamente en la cantidad de bienes producidos o en el crecimiento de sus indicadores económicos. También reside en la salud de sus ciudadanos, en la calidad de sus relaciones sociales, en la capacidad creativa de sus comunidades, en el tiempo disponible para vivir y en las oportunidades que tienen las personas para desarrollar plenamente sus capacidades.

El desafío de nuestro tiempo consiste en construir nuevos criterios de progreso. No se trata de reemplazar completamente los indicadores económicos, sino de reconocer que una sociedad es mucho más compleja que sus cifras de producción. El bienestar humano requiere una mirada más amplia, capaz de integrar dimensiones materiales, culturales, ambientales, emocionales y sociales.

Este manifiesto es, por tanto, una invitación a imaginar una civilización diferente. Una civilización donde la economía no sea una fuerza que absorba la vida, sino una herramienta al servicio de ella. Una sociedad donde la tecnología y la productividad permitan liberar tiempo, no ocuparlo completamente. Un modelo donde la naturaleza no sea únicamente un recurso económico, sino un referente de equilibrio. Un futuro donde la cultura no sea considerada un lujo, sino una necesidad humana fundamental.

La propuesta aquí desarrollada parte de una convicción: la humanidad no necesita únicamente producir más; necesita vivir mejor. No necesita únicamente acelerar sus capacidades; necesita recuperar la dirección de su camino. No necesita solamente incrementar su riqueza material; necesita ampliar su riqueza humana.

La verdadera transformación del siglo XXI quizá no consista en descubrir cómo hacer que las personas trabajen más rápido, sino en construir condiciones para que puedan crear, pensar, cuidar, compartir y desarrollar aquello que las hace humanas.

Este libro está dedicado a explorar esa posibilidad: la construcción de una sociedad donde el progreso deje de medirse únicamente por cuánto producimos y comience a valorarse también por cuánto nos permite florecer.

Tabla de contenido

PARTE I: El problema: una civilización organizada para acelerar la economía	1
Capítulo 1. La sociedad de la aceleración económica	1
Capítulo 2. El crecimiento económico como obligación permanente	11
Capítulo 3. El PIB como medida dominante del progreso	22
Capítulo 4. El costo humano de la aceleración	33
PARTE II: ¿Por qué ocurre?	47
Capítulo 5. La economía como construcción humana	49
Capítulo 6. El consumo como forma dominante de organización social	63
Capítulo 7. Cuando la producción desplaza a la naturaleza humana	83
PARTE III: Una alternativa: desacelerar para vivir mejor	93
Capítulo 8. La desaceleración económica como transformación social	95
Capítulo 8-a. La desaceleración económica reduce la presión por producir	107
Capítulo 9. Vivir bien produciendo menos riqueza material	113
Capítulo 10. Recuperar la naturaleza humana	121
PARTE IV: La gestión cultural como nuevo eje de la economía..	131
Capítulo 11. La gestión cultural como infraestructura económica	133
Capítulo 12. El circuito económico de la cultura	145
Capítulo 12.a. Vivir del arte requiere menos presión económica...	153
Capítulo 13. Producir cultura se convierte en una forma normal de vivir	161
Capítulo 14. Una sociedad que consume cultura de forma cotidiana	173
Capítulo 14.a. El circuito completo de la economía cultural	185
PARTE V: Implementar una economía cultural y humanista	201
Capítulo 15. Políticas públicas para una economía cultural	203
Capítulo 16. Profesionalizar la gestión cultural	217
Capítulo 17. Instituciones para una sociedad creadora	229
Capítulo 18. Nuevos indicadores para medir el bienestar	241
PARTE VI: Los beneficios de una civilización cultural	257
Capítulo 19. Una vida más cercana a la naturaleza humana	259
Capítulo 20. La creatividad como riqueza social	269

Capítulo 21. Cultura, bienestar y salud	287
Capítulo 22. Hacia una civilización organizada alrededor de la cultura	297
Epílogo	313
Fuentes bibliográficas.....	323

Introducción

Toda época histórica está marcada por una idea dominante acerca de lo que significa progresar. Las sociedades no solamente se organizan mediante instituciones, sistemas políticos o estructuras económicas; también se construyen alrededor de creencias profundas sobre aquello que consideran deseable, necesario y valioso. Estas ideas actúan como marcos invisibles que orientan nuestras decisiones colectivas y determinan la manera en que interpretamos la realidad.

Durante los últimos siglos, una de las ideas más influyentes de la civilización moderna ha sido la convicción de que el crecimiento económico permanente constituye la principal expresión del progreso humano. Bajo esta lógica, producir más, consumir más, expandir más y acelerar más se han convertido en símbolos de éxito individual y colectivo. La expansión económica ha sido presentada como el camino natural hacia mejores sociedades, hasta el punto de que muchos de los debates políticos, empresariales e institucionales terminan reducidos a una única pregunta: cuánto crece la economía.

Sin embargo, cuando una sociedad convierte un medio en un fin, corre el riesgo de perder de vista aquello que originalmente buscaba proteger. La economía nació como una forma de organizar recursos para satisfacer necesidades humanas, pero progresivamente, en muchos contextos contemporáneos, parece haberse invertido la relación: la vida humana termina adaptándose a las exigencias del sistema económico, en lugar de que la economía sea diseñada para responder a las necesidades profundas de la vida.

Esta inversión constituye uno de los grandes desafíos filosóficos y sociales de nuestro tiempo.

El ser humano, dentro de determinados modelos económicos, corre el riesgo de ser reducido a una función productiva: trabajador, consumidor, contribuyente, usuario, dato estadístico o unidad de rendimiento. Las dimensiones más complejas de la existencia —la creatividad, la sensibilidad, la imaginación, la búsqueda de sentido, la contemplación, la construcción de vínculos, la expresión artística y la necesidad de pertenecer a una comunidad— quedan frecuentemente subordinadas frente a aquello que puede ser contabilizado, intercambiado o convertido en crecimiento económico.

No se trata de negar la importancia de la economía ni de desconocer sus enormes aportes al desarrollo de la humanidad. La producción, la innovación, el comercio y la organización económica han permitido avances extraordinarios en salud, educación, infraestructura y conocimiento. El problema surge cuando la economía deja de ser una herramienta al servicio de la sociedad y comienza a convertirse en

una estructura que determina qué vidas tienen valor, qué actividades merecen reconocimiento y qué formas de existencia son consideradas exitosas.

La gran pregunta que emerge entonces es profundamente humana: ¿hemos construido una economía para permitirnos vivir o hemos organizado la vida para sostener una economía?

Esta pregunta implica revisar uno de los supuestos más arraigados de la modernidad: la idea de que toda sociedad debe aspirar necesariamente a una expansión económica constante como condición indispensable de bienestar. Tal premisa ha generado importantes beneficios materiales, pero también ha producido una paradoja: mientras aumentan las capacidades tecnológicas y productivas de la humanidad, muchas personas experimentan agotamiento, ansiedad, falta de tiempo, aislamiento y una sensación creciente de desconexión con aquello que da significado a la existencia.

La aceleración económica ha creado una cultura donde el tiempo parece convertirse exclusivamente en un recurso productivo. Cada hora debe justificarse por su capacidad de generar resultados; cada actividad debe demostrar utilidad económica; cada persona parece estar obligada a mantenerse en permanente competencia para conservar su lugar dentro del sistema. Bajo esta presión, la vida cotidiana puede transformarse en una carrera interminable donde se trabaja para sostener un nivel de consumo que, a su vez, exige continuar trabajando.

Esta dinámica puede convertirse en una ilusión colectiva: la creencia de que una mayor acumulación material necesariamente conduce a una vida mejor. Pero la experiencia humana demuestra que el bienestar no depende únicamente de la cantidad de bienes disponibles, sino también de la calidad del tiempo vivido, de la profundidad de las relaciones, de la posibilidad de crear, aprender, participar y encontrar sentido.

Una sociedad puede ser económicamente más rica y, al mismo tiempo, experimentar formas profundas de pobreza humana cuando sus individuos carecen de tiempo para vivir aquello que consideran esencial.

El desafío que plantea este libro es la necesidad de un cambio de paradigma: pasar de una civilización organizada principalmente alrededor del crecimiento económico hacia una civilización orientada por el florecimiento humano.

Este cambio no significa rechazar la economía, sino recuperar su propósito original. Significa comprender que una economía verdaderamente avanzada no es aquella que exige una adaptación constante de las personas a sus mecanismos, sino aquella capaz de liberar capacidades humanas, ampliar posibilidades de vida y crear condiciones para que cada individuo pueda desarrollar sus potencialidades.

Desde esta perspectiva, la desaceleración económica aparece como una propuesta de transformación profunda. No como una renuncia al desarrollo, sino como una revisión de sus objetivos. Desacelerar significa cuestionar la necesidad permanente de aumentar la producción material cuando esta deja de traducirse en mayor bienestar. Significa reconocer que una sociedad puede organizarse alrededor de una mayor suficiencia, una mejor distribución del tiempo y una relación más equilibrada con los recursos naturales.

La desaceleración no representa detener la humanidad; representa permitir que la humanidad vuelva a encontrarse consigo misma.

Al reducir la presión constante por producir ingresos crecientes para sostener niveles de consumo cada vez más elevados, se abre la posibilidad de recuperar espacios esenciales de la vida. El tiempo liberado puede convertirse en tiempo creativo, cultural, comunitario y reflexivo. Puede permitir que las personas desarrollen capacidades que durante mucho tiempo han permanecido relegadas por las exigencias económicas.

Aquí surge una dimensión fundamental de esta propuesta: la cultura.

La cultura no debe entenderse únicamente como entretenimiento, patrimonio o actividad complementaria. La cultura es una expresión esencial de la existencia humana. A través de ella las sociedades crean significado, interpretan el mundo, transmiten conocimiento, construyen identidad y proyectan futuros posibles. Crear cultura es una de las formas más profundas mediante las cuales la humanidad afirma su presencia en el mundo.

Por ello, este libro plantea que la gestión cultural puede convertirse en una de las bases organizadoras de un nuevo modelo social y económico. La gestión cultural profesional no solamente administra proyectos artísticos; construye ecosistemas donde la creatividad puede desarrollarse, donde los ciudadanos participan, donde las expresiones culturales encuentran circulación y donde la producción simbólica puede convertirse en una fuente legítima de bienestar y desarrollo.

Una sociedad que disminuye la dependencia absoluta del crecimiento económico ilimitado puede permitir que más personas dediquen su tiempo a crear, investigar, enseñar, imaginar y participar en procesos culturales. De esta manera, la cultura deja de ser una actividad periférica y pasa a ocupar un lugar central dentro de la vida social.

El cambio de paradigma propuesto implica también transformar nuestra comprensión de la riqueza. La riqueza de una comunidad no está únicamente en sus niveles de producción económica, sino en la capacidad de sus habitantes para vivir vidas plenas. Una sociedad rica es aquella que posee ciudadanos saludables,

relaciones humanas sólidas, comunidades participativas, entornos naturales protegidos y oportunidades reales para desarrollar la creatividad y el conocimiento.

Esta visión conecta con una tradición amplia del pensamiento humanista que ha defendido, desde diferentes perspectivas filosóficas y sociales, que el objetivo último de toda organización colectiva debe ser la realización humana. Desde las reflexiones clásicas sobre la vida buena hasta los enfoques contemporáneos del desarrollo humano, existe una idea constante: las instituciones deben estar al servicio de las personas, no las personas al servicio de las instituciones.

La economía del futuro no debería preguntarse únicamente cuánto puede producir una sociedad, sino qué tipo de seres humanos permite formar. No debería medir solamente la velocidad del crecimiento, sino la profundidad del bienestar. No debería valorar exclusivamente aquello que genera intercambio económico, sino también aquello que sostiene la vida.

El propósito de esta obra es explorar la posibilidad de una civilización donde la economía recupere su dimensión humana, donde la desaceleración permita recuperar tiempo vital y donde la gestión cultural articule nuevas formas de creación, participación y desarrollo.

La transformación propuesta no es únicamente económica; es cultural, filosófica y social. Implica abandonar la idea de que el ser humano existe principalmente para producir y recuperar la comprensión de que la producción debe existir para favorecer la vida humana.

El futuro no debería estar determinado por la pregunta de cuánto más podemos acelerar, sino por una pregunta mucho más profunda: ¿hacia dónde queremos dirigir nuestra humanidad?

La respuesta puede encontrarse en una sociedad capaz de reconocer que el mayor logro del progreso no es producir más cosas, sino crear las condiciones para que las personas puedan vivir con mayor libertad, creatividad, equilibrio y sentido.

PARTE I: El problema: una civilización organizada para acelerar la economía

Esta primera parte explica el diagnóstico del modelo contemporáneo.

Capítulo 1. La sociedad de la aceleración económica

La sociedad contemporánea se encuentra atravesada por una convicción que, por su presencia constante, ha terminado adquiriendo apariencia de verdad incuestionable: la economía debe crecer de manera permanente. El crecimiento económico suele presentarse como condición necesaria para generar empleo, financiar los servicios públicos, aumentar los ingresos, estimular la innovación, mejorar la infraestructura y ampliar las oportunidades individuales y colectivas. En determinadas circunstancias históricas, esta relación ha sido real y significativa. El incremento de la capacidad productiva ha permitido reducir situaciones de pobreza, ampliar el acceso a bienes esenciales, desarrollar sistemas sanitarios y educativos, mejorar las comunicaciones y extender posibilidades que anteriormente estaban reservadas a grupos muy reducidos de la población. El problema, por tanto, no reside en reconocer la importancia de una economía dinámica, sino en observar qué ocurre cuando el crecimiento deja de ser un instrumento al servicio del bienestar y se transforma en el objetivo fundamental al que deben subordinarse las demás dimensiones de la existencia.

Cuando una sociedad comienza a medir su éxito principalmente por su capacidad de producir y consumir más, se produce una transformación mucho más profunda que una simple modificación de sus indicadores económicos. Cambia la manera en que se organiza el tiempo, se define el éxito, se evalúa el trabajo, se interpreta el descanso, se construyen los deseos y se atribuye valor a las actividades humanas. La productividad deja progresivamente de ser una herramienta para hacer un mejor uso de los recursos y se convierte en un criterio permanente de rendimiento. El consumo deja de representar solamente la adquisición de bienes y servicios necesarios o deseados y comienza a funcionar como mecanismo de renovación constante de expectativas. La innovación deja de responder exclusivamente a problemas concretos y puede convertirse en una obligación de producir permanentemente algo nuevo. Incluso las instituciones culturales pueden verse sometidas a la presión de demostrar continuamente crecimiento de públicos, aumento de ingresos, expansión de actividades o generación de impactos cuantificables. De esta manera, la economía puede comenzar a ocupar un espacio que originalmente correspondía a los fines humanos: en lugar de preguntarnos qué tipo de sociedad queremos construir y qué papel debe desempeñar la economía en ella, terminamos preguntándonos cuánto debe crecer la economía para considerar exitosa a la sociedad.

Esta inversión de prioridades resulta especialmente problemática porque el producto interno bruto no fue concebido para medir por sí solo la calidad de una sociedad. La literatura internacional sobre medición del progreso ha señalado reiteradamente sus limitaciones. La OCDE, a partir del trabajo de la Comisión sobre la Medición del Desempeño Económico y el Progreso Social, ha advertido que una dependencia excesiva del PIB como indicador de referencia puede ocultar cuestiones fundamentales: quién se beneficia del crecimiento, cómo se distribuyen sus resultados, si el crecimiento es ambientalmente sostenible y cómo evoluciona realmente la vida de las personas. La propuesta de avanzar “más allá del PIB” no significa abandonar los indicadores económicos, sino reconocer que ningún indicador único puede representar adecuadamente el bienestar de una sociedad. Esta distinción es fundamental para comprender el problema planteado en este capítulo: una economía puede crecer mientras determinadas formas de desigualdad permanecen, mientras determinadas necesidades humanas continúan insatisfechas o mientras determinados costes sociales y ambientales son desplazados fuera de las cuentas económicas.

La cuestión adquiere todavía mayor importancia cuando se considera que el crecimiento económico necesita apoyarse en una determinada organización del tiempo humano. La economía acelerada no solamente produce más; necesita producir con mayor rapidez, renovar con mayor frecuencia, responder con mayor velocidad y mantener una circulación constante de bienes, información, capital y servicios. La aceleración se convierte así en una característica cultural de la vida cotidiana. El desarrollo tecnológico ha permitido reducir considerablemente los tiempos necesarios para realizar numerosas tareas, comunicarse, adquirir productos, desplazarse o acceder a información. Sin embargo, ahorrar tiempo no significa necesariamente disponer de más tiempo libre. Con frecuencia, la eficiencia obtenida mediante una innovación es absorbida por nuevas expectativas de productividad. Si una tarea puede realizarse en la mitad de tiempo, la consecuencia no siempre es descansar durante la otra mitad; puede esperarse que se realice una segunda tarea. La tecnología que prometía liberar tiempo puede convertirse, paradójicamente, en un mecanismo para aumentar la cantidad de actividades que se espera que una persona realice.

Esta dinámica modifica incluso la percepción social del descanso. En una cultura intensamente orientada hacia el rendimiento, descansar puede aparecer como una interrupción de la actividad productiva, mientras que permanecer ocupado adquiere un valor moral. El tiempo debe ser aprovechado, optimizado, gestionado y convertido en resultados. Bajo esta lógica, una conversación prolongada sin finalidad productiva, una caminata sin destino, la contemplación de una obra de arte, la lectura realizada sin objetivos profesionales o simplemente la posibilidad de no hacer nada pueden ser interpretadas como usos poco eficientes del tiempo. Sin embargo, esas actividades aparentemente improductivas forman parte de dimensiones esenciales de la vida humana. Las relaciones afectivas, la imaginación, la memoria, la reflexión, el juego, el descanso y la participación cultural no

necesitan justificarse exclusivamente por la cantidad de riqueza que producen. Una sociedad que solamente reconoce aquello que genera resultados económicos inmediatos corre el riesgo de empobrecer precisamente aquellas experiencias que proporcionan significado a la existencia.

La cultura ocupa en este contexto una posición particularmente reveladora. Un museo puede generar actividad económica, atraer turismo, crear empleo y contribuir al desarrollo territorial; una biblioteca puede favorecer competencias educativas y producir efectos sociales de largo plazo; un teatro puede activar una cadena económica formada por artistas, técnicos, proveedores y trabajadores; un festival puede estimular la economía local. Todas estas dimensiones son reales y deben ser consideradas en una gestión cultural responsable. Pero ninguna de ellas agota el valor de la cultura. Una obra artística puede producir una experiencia cuyo significado no sea reducible a su precio de entrada. Un archivo puede conservar una memoria colectiva cuyo valor no pueda expresarse adecuadamente en términos monetarios. Una actividad cultural comunitaria puede fortalecer vínculos sociales sin que exista un mecanismo sencillo para convertir ese efecto en una cifra. Una experiencia estética puede modificar la manera en que una persona comprende su entorno sin producir un rendimiento económico inmediatamente observable.

Por esta razón, la gestión cultural basada en evidencia no debe confundirse con la gestión de aquello que únicamente puede medirse mediante indicadores económicos. Evaluar es necesario; simplificar no. Las instituciones culturales necesitan conocer sus públicos, analizar sus costes, estudiar sus resultados, justificar la utilización de recursos y determinar si sus proyectos alcanzan los objetivos previstos. Pero una evaluación rigurosa debe reconocer la pluralidad de valores que caracteriza al sector cultural. La propia política cultural sueca constituye un ejemplo relevante de esta concepción. Los objetivos nacionales establecen que la cultura debe ser una fuerza dinámica, desafiante e independiente basada en la libertad de expresión, que todas las personas deben tener posibilidades de participar en la vida cultural y que la creatividad, la diversidad y la calidad artística deben formar parte del desarrollo de la sociedad. También se plantea promover las oportunidades de experimentar la cultura, participar en procesos de formación y desarrollar capacidades creativas, además de preservar, utilizar y desarrollar el patrimonio cultural.

Esta formulación permite observar una diferencia esencial entre una cultura concebida como sector económico y una cultura concebida como dimensión de la vida social. Ambas perspectivas pueden coexistir, pero no deben confundirse. Las industrias culturales y creativas forman parte de la economía y generan empleo, innovación y actividad empresarial. Al mismo tiempo, la cultura cumple funciones relacionadas con la identidad, la educación, la libertad de expresión, la memoria, la participación ciudadana y la construcción de vínculos sociales. Reducirla a su dimensión económica supondría perder precisamente aquello que justifica su

existencia como política pública y como derecho cultural. El desafío de la gestión cultural consiste, por tanto, en administrar recursos con eficiencia sin convertir la eficiencia en el criterio absoluto de valoración.

La misma tensión puede observarse en relación con la productividad. Producir más con menos recursos puede ser una conquista social extraordinariamente importante. La productividad permite utilizar de manera más racional el trabajo, los materiales, la energía y el capital. Sin embargo, cuando se convierte en una medida universal del valor humano aparecen dificultades. No todas las actividades poseen la misma estructura productiva ni todos los resultados relevantes pueden aumentar indefinidamente. Una institución cultural no necesariamente mejora porque incremente cada año el número de actividades realizadas. Un museo no cumple mejor su función simplemente porque consiga que sus visitantes permanezcan menos tiempo dentro de sus salas. Una biblioteca no se vuelve más valiosa porque acelere cada consulta. Una organización artística no necesariamente produce mejor arte porque aumente el número de obras realizadas.

Existe aquí una contradicción que merece atención. Los sistemas económicos modernos tienden a valorar aquello que puede multiplicarse, acelerarse y estandarizarse. Sin embargo, una parte considerable de las experiencias humanas más significativas depende precisamente de lo contrario: tiempo, atención, singularidad, profundidad y relación. La creación artística necesita experimentación; la educación necesita procesos prolongados; la conservación patrimonial exige paciencia; la construcción de confianza comunitaria no puede acelerarse mediante una simple decisión administrativa. En determinados ámbitos, intentar aumentar permanentemente la velocidad puede deteriorar la calidad que se pretende proteger.

La economía acelerada también necesita consumidores. Una producción creciente requiere mercados capaces de absorber nuevos productos y servicios. Esto introduce una segunda transformación: la creación constante de deseos. Consumir no es, en sí mismo, una conducta negativa. Las personas necesitan bienes y servicios y utilizan el consumo para resolver necesidades materiales, participar socialmente y expresar preferencias. El problema surge cuando la expansión del consumo depende de que las personas experimenten permanentemente que lo que poseen es insuficiente. El sistema comercial contemporáneo no solamente ofrece productos; ofrece imágenes de cómo debería ser una vida satisfactoria. La publicidad, las plataformas digitales, las industrias del entretenimiento y otros mecanismos de comunicación comercial contribuyen a construir imaginarios de éxito, juventud, belleza, comodidad, reconocimiento y pertenencia.

En este contexto puede comprenderse críticamente la idea de los “placeres inventados”. No significa que el placer experimentado por una persona sea falso. Tampoco significa que todo deseo sea impuesto desde fuera. Las personas

mantienen capacidad de elección y elaboran sus preferencias de maneras complejas. La cuestión es diferente: determinadas necesidades pueden ser socialmente estimuladas hasta convertirse en expectativas que anteriormente no existían o no poseían la misma importancia. Un producto puede ser presentado como indispensable no porque resuelva una necesidad fundamental, sino porque se ha construido alrededor de él un significado social. La renovación permanente de dispositivos, prendas, experiencias, servicios o formas de entretenimiento puede generar una sensación de insuficiencia que alimenta nuevos ciclos de consumo.

El problema no reside únicamente en el objeto adquirido, sino en el mecanismo cultural que puede convertir la satisfacción en algo necesariamente temporal. Si la satisfacción duradera disminuye la necesidad de consumir nuevamente, el sistema económico necesita producir nuevos motivos para desear. De este modo, la novedad adquiere un valor propio. Lo nuevo parece superior simplemente por ser nuevo; lo reciente sustituye a lo anterior incluso cuando lo anterior continúa siendo funcional. Esta dinámica tiene consecuencias ambientales y sociales. La Agencia Europea de Medio Ambiente ha señalado que los patrones contemporáneos de producción y consumo ejercen presiones significativas sobre los recursos naturales, los ecosistemas, el clima y la salud, y que los avances de eficiencia por sí solos no resuelven necesariamente las presiones asociadas a los niveles absolutos de consumo.

Aquí aparece uno de los límites fundamentales de una sociedad organizada alrededor de la expansión permanente: los recursos materiales y ecológicos no son infinitos. La cuestión no consiste en defender una idea simplista según la cual todo crecimiento es perjudicial. Existen regiones y grupos sociales donde todavía es indispensable ampliar el acceso a vivienda adecuada, alimentación, educación, salud, transporte, conectividad y otros bienes esenciales. Tampoco existe una equivalencia automática entre crecimiento económico y deterioro ambiental. La innovación, la regulación, la eficiencia energética, la transformación tecnológica y los cambios en los sistemas productivos pueden modificar esa relación. Pero precisamente por eso resulta necesario abandonar una concepción dogmática del crecimiento y sustituirla por una evaluación más compleja: qué crece, para quién, con qué recursos, con qué consecuencias y para alcanzar qué finalidad social.

Esta última pregunta conduce directamente al concepto de desarrollo humano. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo define el desarrollo humano alrededor de la ampliación de las posibilidades y oportunidades de las personas, y no exclusivamente alrededor del crecimiento económico. Desde esta perspectiva, el ingreso constituye un medio importante, pero no es el objetivo final. La salud, la educación, las capacidades, la participación y la libertad para construir una vida valorada forman parte del desarrollo. Esta concepción coincide con la orientación general de Amartya Sen y el enfoque de las capacidades, según

el cual evaluar una sociedad exige observar qué pueden realmente hacer y ser las personas, y no solamente los recursos monetarios de los que disponen.

Esta perspectiva resulta especialmente pertinente para la gestión cultural. Una sociedad puede disponer de una economía dinámica y, sin embargo, presentar barreras importantes para que determinados grupos accedan a la cultura. Puede poseer instituciones culturales de gran calidad y, al mismo tiempo, concentrarlas territorialmente. Puede aumentar el número de eventos y reducir la diversidad de quienes participan en ellos. Puede incrementar el gasto cultural y no resolver desigualdades de acceso. Por ello, la pregunta fundamental no debería ser únicamente cuánto produce el sector cultural, sino qué capacidades culturales contribuye a desarrollar. ¿Quién puede crear? ¿Quién puede participar? ¿Quién puede acceder al patrimonio? ¿Quién puede expresarse? ¿Quién puede encontrar espacios de pertenencia? ¿Qué grupos permanecen fuera? Estas preguntas desplazan el centro de la gestión desde el volumen de actividad hacia las posibilidades humanas que esa actividad genera.

En este sentido, la cultura puede actuar como una de las dimensiones que permiten desacelerar la lógica social dominante sin negar la necesidad de eficiencia. Desacelerar no significa necesariamente hacer todo más lento ni rechazar la tecnología o la innovación. Significa recuperar la capacidad de decidir qué merece velocidad y qué necesita tiempo. Una institución cultural puede utilizar herramientas digitales para facilitar el acceso y, simultáneamente, crear experiencias que exijan atención. Puede ampliar su audiencia sin convertir toda actividad en espectáculo. Puede utilizar indicadores sin permitir que los indicadores determinen por sí solos sus objetivos. Puede gestionar económicamente sus recursos sin aceptar que el valor económico sea la única forma legítima de justificar su existencia.

La situación sueca ofrece elementos especialmente interesantes para este análisis porque la política cultural nacional reconoce explícitamente objetivos que no pueden reducirse a rentabilidad. El sistema cultural público incluye apoyos para actividades culturales generales, desarrollo e intercambio internacional, investigación y desarrollo cultural, actividad cultural regional, instituciones escénicas, literatura, accesibilidad, archivos, patrimonio, museos y creación artística, entre otros ámbitos. Además, las prioridades presupuestarias recientes han incluido el acceso de niños y jóvenes a la cultura, la promoción de la lectura, el apoyo a la creación artística y el fortalecimiento de las condiciones para los profesionales de la cultura. Esta arquitectura institucional muestra que una política cultural puede reconocer simultáneamente la dimensión económica del sector y su valor social, educativo, democrático y patrimonial.

La tensión entre economía y cultura tampoco debe resolverse mediante una idealización romántica de la cultura. Las instituciones culturales necesitan recursos, trabajadores adecuadamente remunerados, modelos de financiación sostenibles,

sistemas de gestión eficaces y capacidad de innovación. Los artistas necesitan condiciones materiales que permitan desarrollar su trabajo. Los museos necesitan conservar edificios y colecciones. Las bibliotecas necesitan tecnología y personal. Los teatros necesitan infraestructuras. La sostenibilidad económica es, por tanto, una condición importante de la continuidad cultural. El problema aparece únicamente cuando el medio se convierte en finalidad y la cultura comienza a modificarse exclusivamente para adaptarse a las exigencias de rentabilidad.

Esta distinción es particularmente importante en un contexto en el que se buscan nuevas formas de financiación cultural. En Suecia, el Gobierno ha impulsado recientemente iniciativas destinadas a ampliar las posibilidades de financiación no pública del sector cultural, incluyendo mecanismos para fortalecer la interacción entre cultura y empresas. La propia documentación oficial señala que esta ampliación debe contribuir a alcanzar los objetivos nacionales de política cultural. La cuestión, por tanto, no es rechazar la participación empresarial, sino garantizar que las fuentes de financiación permanezcan subordinadas a los fines culturales y no transformen esos fines.

El riesgo de la aceleración económica no consiste únicamente en trabajar demasiado o consumir demasiado. Su consecuencia más profunda puede ser la modificación de los criterios mediante los cuales una sociedad decide qué merece existir. Cuando todo debe demostrar utilidad inmediata, aquello cuyo valor aparece lentamente corre peligro. La memoria necesita tiempo; la educación necesita tiempo; la creación necesita tiempo; la democracia necesita tiempo; el patrimonio necesita tiempo. También necesita tiempo la formación de ciudadanos capaces de interpretar críticamente la realidad. Una sociedad que elimina sistemáticamente esos tiempos puede ser extraordinariamente eficiente y, al mismo tiempo, profundamente vulnerable.

La deshumanización económica aparece precisamente cuando la persona deja de ser el punto de referencia de la organización social. No es necesario que exista una intención explícita de deshumanizar para que esto ocurra. Puede surgir de la acumulación de decisiones aparentemente racionales: reducir costes, acelerar procesos, aumentar productividad, ampliar mercados, medir resultados, automatizar tareas, estimular el consumo y competir por atención. Cada decisión puede parecer razonable considerada individualmente. El problema aparece cuando todas avanzan en la misma dirección y terminan formando un sistema donde aquello que no produce, no consume o no puede medirse pierde progresivamente reconocimiento.

Frente a esta tendencia, el humanismo no debe entenderse como una oposición a la economía, sino como un criterio para orientarla. Una economía humanizada no es una economía que renuncia a la productividad, a la innovación o al crecimiento cuando estos son necesarios. Es una economía que pregunta constantemente para qué se utilizan esos instrumentos y qué consecuencias

producen. Joseph Stiglitz, en el marco del debate sobre la medición del progreso económico y social, ha contribuido precisamente a cuestionar la suficiencia de utilizar el PIB como representación completa del desempeño de una sociedad. La cuestión central no es cuánto aumenta una magnitud agregada, sino qué sucede con el bienestar, la distribución, la sostenibilidad y las condiciones reales de vida.

Esta reformulación permite también recuperar una idea central de Manfred Max-Neef: las necesidades humanas fundamentales no deben confundirse ilimitadamente con los satisfactores mediante los cuales se intentan cubrir. La confusión entre necesidad y mercancía constituye una de las características más importantes de una sociedad de consumo. Necesitar afecto no equivale a necesitar un producto que simbolice afecto; necesitar reconocimiento no equivale a adquirir un objeto que represente estatus; necesitar pertenencia no equivale a consumir una experiencia comercial diseñada para producir una sensación temporal de integración. El mercado puede ofrecer satisfactores legítimos, pero no debería determinar por completo nuestra comprensión de aquello que necesitamos como seres humanos.

También el planteamiento de Elinor Ostrom resulta pertinente cuando se observa que numerosos bienes y recursos relevantes para la vida colectiva no funcionan adecuadamente bajo una lógica exclusivamente individual o mercantil. Las comunidades pueden desarrollar instituciones para gestionar recursos compartidos mediante reglas, cooperación y participación. La cultura presenta dimensiones similares: patrimonio comunitario, espacios públicos, conocimientos colectivos, tradiciones, prácticas artísticas y formas de participación pueden depender de relaciones de confianza y cooperación que no pueden explicarse únicamente mediante transacciones comerciales. La gestión cultural, por tanto, necesita comprender la economía, pero también necesita comprender las instituciones sociales que hacen posible la cooperación.

La consecuencia para las políticas culturales es significativa. Si la cultura se administra exclusivamente como un sector económico, tenderá a privilegiarse aquello que produce ingresos, atrae visitantes, genera empleo o puede convertirse rápidamente en un producto. Si se administra únicamente como un ámbito protegido de toda consideración económica, puede perder eficiencia, sostenibilidad y capacidad de respuesta. Una gestión cultural madura debe superar ambas simplificaciones. Necesita combinar sostenibilidad financiera con sostenibilidad social; eficiencia con acceso; innovación con memoria; productividad con calidad; crecimiento institucional con participación; y desarrollo económico con desarrollo humano.

La sociedad de la aceleración económica plantea, en última instancia, una pregunta que excede la economía: ¿para qué queremos crecer? La pregunta parece sencilla, pero sus implicaciones son profundas. Si la respuesta es “para crecer más”, se establece un circuito cerrado en el que el medio se convierte en finalidad. Si la

respuesta es “para que las personas puedan vivir mejor”, entonces es necesario definir qué significa vivir mejor y reconocer que el bienestar no puede reducirse al ingreso. Implica salud, educación, seguridad, relaciones sociales, libertad, participación, cultura, tiempo, entorno ambiental y posibilidades reales de desarrollar capacidades.

La cultura adquiere entonces una función estratégica. No porque deba convertirse en una herramienta instrumental para corregir todos los problemas producidos por la economía, sino porque constituye uno de los espacios donde una sociedad puede preguntarse qué considera valioso. Los museos conservan preguntas del pasado; las bibliotecas permiten acceder a conocimientos que no responden necesariamente a una utilidad inmediata; los teatros y las artes escénicas crean espacios de representación y encuentro; el patrimonio conecta generaciones; las prácticas comunitarias mantienen formas de pertenencia; las artes permiten imaginar realidades diferentes. En todos estos ámbitos existe una dimensión económica, pero existe también algo que la economía no puede sustituir: la capacidad humana de atribuir significado.

Por ello, el desafío contemporáneo no consiste en detener toda actividad económica ni en idealizar un pasado sin crecimiento. Consiste en recuperar una jerarquía de fines. La producción debe servir a la vida y no la vida a la producción. El consumo debe responder a necesidades y elecciones conscientes, no producir permanentemente nuevas formas de insatisfacción. La tecnología debe ampliar las capacidades humanas y no convertir cada instante en una oportunidad adicional de rendimiento. La productividad debe liberar recursos para vivir mejor y no justificar una exigencia infinita de producir. El crecimiento puede ser necesario, pero debe ser evaluado por sus consecuencias humanas, sociales y ambientales.

Una sociedad verdaderamente desarrollada no sería aquella que consigue acelerar indefinidamente sus procesos, sino aquella que posee la capacidad de decidir cuándo acelerar, cuándo detenerse y qué merece ser protegido de la lógica de la velocidad. El progreso no puede consistir exclusivamente en hacer más cosas en menos tiempo. También puede consistir en hacer algunas cosas mejor, preservar aquello que posee valor, distribuir de manera más justa las oportunidades, reducir necesidades artificialmente estimuladas y recuperar espacios para la vida que no necesitan convertirse en mercancías.

Desde esta perspectiva, la gestión cultural ocupa un lugar que trasciende la administración de instituciones, proyectos y presupuestos. Puede contribuir a construir una concepción más amplia del desarrollo, en la que la economía sea evaluada por su capacidad para sostener comunidades humanas y no simplemente por su capacidad de expansión. El desafío consiste en mantener la profesionalización, la eficiencia y la sostenibilidad de las organizaciones culturales sin permitir que la lógica económica absorba completamente su sentido. En una sociedad acelerada, gestionar cultura significa también defender el tiempo de la

reflexión, la diversidad de las expresiones, la memoria, la creatividad, la participación y el derecho de las personas a experimentar formas de vida cuyo valor no puede calcularse únicamente en términos monetarios.

La cuestión fundamental, por tanto, no es si debemos elegir entre crecimiento económico y bienestar humano. Una sociedad necesita actividad económica, pero necesita también establecer límites, prioridades y criterios para determinar qué tipo de crecimiento merece ser promovido. La verdadera discusión comienza cuando se reconoce que producir más no significa necesariamente vivir mejor, consumir más no equivale necesariamente a disfrutar más y acelerar no significa necesariamente progresar. El desarrollo humano exige algo más complejo: ampliar las posibilidades reales de las personas para construir vidas que puedan valorar, dentro de sociedades capaces de preservar sus recursos, sus relaciones, sus instituciones y su patrimonio.

En este sentido, cuestionar la sociedad de la aceleración económica no constituye una negación del desarrollo. Constituye, precisamente, una defensa de su significado. Si el crecimiento económico es un medio, puede ser evaluado, corregido y orientado. Si se convierte en un fin absoluto, termina subordinando a él aquello que originalmente debía proteger. Recuperar la centralidad de la persona significa volver a formular la pregunta esencial de toda política económica, social y cultural: no cuánto puede producir una sociedad, sino qué clase de vida permite que sus habitantes construyan con aquello que produce. La respuesta a esta pregunta determinará si la economía continúa siendo una herramienta de desarrollo humano o si, por el contrario, termina convirtiéndose en una estructura a la que la propia vida humana debe adaptarse.

Capítulo 2. El crecimiento económico como obligación permanente

La organización de la vida contemporánea contiene una paradoja que se ha vuelto tan habitual que con frecuencia deja de percibirse como un problema: para vivir mejor, las personas necesitan ingresos, pero para obtener esos ingresos deben dedicar una parte considerable de su tiempo a trabajar, y una parte importante de aquello que el trabajo permite adquirir se convierte, a su vez, en nuevas necesidades que requieren más ingresos. De este modo se configura un circuito que puede reproducirse indefinidamente: trabajar para obtener ingresos, obtener ingresos para consumir, consumir para alcanzar determinadas formas de bienestar o reconocimiento y, finalmente, necesitar nuevos ingresos para mantener el nivel de consumo alcanzado. El problema no consiste en trabajar ni en consumir. El trabajo remunerado constituye una fuente fundamental de seguridad económica, autonomía y participación social, mientras que el consumo permite satisfacer necesidades materiales y acceder a bienes y servicios que pueden mejorar objetivamente las condiciones de vida. La cuestión crítica aparece cuando la relación entre trabajo, ingreso y consumo deja de estar determinada por necesidades razonables y comienza a expandirse bajo una lógica de crecimiento permanente.

En una sociedad organizada de esta manera, el trabajo puede dejar de ser solamente una actividad mediante la cual las personas obtienen los recursos necesarios para vivir y convertirse progresivamente en el mecanismo alrededor del cual se estructura la existencia. La jornada laboral determina los horarios, los desplazamientos, las posibilidades de descanso, las relaciones familiares y una parte considerable de las oportunidades de participación social. Los ingresos obtenidos mediante el trabajo determinan, a su vez, qué vivienda puede adquirirse, qué educación puede financiarse, qué transporte puede utilizarse, qué experiencias pueden disfrutarse y qué nivel de consumo puede sostenerse. La vida termina adquiriendo una arquitectura económica: se trabaja para mantener una determinada forma de vida y esa forma de vida, una vez normalizada, genera nuevas obligaciones económicas. El crecimiento deja entonces de ser una opción abstracta de la economía nacional y se convierte en una presión concreta sobre las decisiones cotidianas de millones de personas.

Esta situación requiere una distinción importante. No todas las personas trabajan más porque desean consumir más, ni todas las formas de consumo son resultado de una decisión libre desarrollada al margen de las circunstancias sociales. Existen personas que trabajan jornadas extensas porque sus ingresos son insuficientes; personas que acumulan empleos para garantizar necesidades básicas; trabajadores

autónomos sometidos a una fuerte incertidumbre económica; familias que necesitan dos ingresos para sostener una vivienda y servicios esenciales; y trabajadores que aceptan horarios poco compatibles con su vida personal porque carecen de alternativas. La relación entre trabajo y consumo, por tanto, no puede interpretarse exclusivamente como una cuestión de decisiones individuales. Está condicionada por los precios de la vivienda, los salarios, la organización del mercado laboral, la fiscalidad, las políticas sociales, las desigualdades, las responsabilidades de cuidado y las expectativas culturales sobre lo que constituye una vida adecuada.

La Organización Internacional del Trabajo ha documentado precisamente la importancia de esta relación. Su análisis mundial sobre tiempo de trabajo y conciliación muestra que más de un tercio de las personas ocupadas trabajan habitualmente más de 48 horas semanales, mientras una quinta parte trabaja menos de 35 horas; además, trabajar más horas de las deseadas se relaciona negativamente con el equilibrio entre la vida laboral y personal. La OIT subraya que las jornadas excesivas pueden impedir un descanso adecuado, dificultar las responsabilidades familiares y limitar la participación comunitaria. La cuestión adquiere así una dimensión que trasciende el ámbito empresarial: el tiempo de trabajo es también una cuestión social, familiar, cultural y democrática.

La paradoja se vuelve más evidente cuando se observa que el incremento de los ingresos no produce necesariamente un incremento proporcional de la satisfacción. En determinados niveles de desarrollo, disponer de mayores recursos puede mejorar considerablemente las condiciones de vida, especialmente cuando permite acceder a alimentación adecuada, vivienda segura, atención sanitaria, educación, movilidad y seguridad económica. Sería un error negar esta realidad. Sin embargo, una vez satisfechas determinadas necesidades, la relación entre aumento de ingresos y bienestar puede hacerse más compleja. Las personas no comparan únicamente su situación actual con sus necesidades objetivas; también la comparan con sus expectativas, con sus grupos de referencia y con aquello que la sociedad presenta como deseable. El crecimiento material puede modificar simultáneamente el estándar de lo que se considera suficiente.

Esta transformación contribuye a producir una de las características centrales de la sociedad de consumo: la suficiencia tiende a desplazarse. Lo que en un momento determinado parecía representar comodidad puede convertirse posteriormente en el punto de partida de nuevas expectativas. Una vivienda adecuada puede transformarse en una vivienda mayor; disponer de transporte puede transformarse en disponer de un vehículo más nuevo; tener acceso a determinadas formas de ocio puede convertirse en la expectativa de viajar con mayor frecuencia, renovar experiencias o consumir nuevas tecnologías. Ninguna de estas elecciones es necesariamente negativa. El problema surge cuando la satisfacción se vuelve estructuralmente provisional, cuando aquello que se posee pierde rápidamente su

capacidad de producir satisfacción y la adquisición de algo nuevo se presenta como la respuesta habitual a esa sensación de insuficiencia.

Es en este contexto donde puede utilizarse críticamente la expresión “placeres inventados”. No significa que el placer de consumir sea falso ni que las personas sean incapaces de distinguir entre sus deseos. Significa que determinadas formas de satisfacción pueden ser socialmente construidas, estimuladas y renovadas mediante sistemas económicos y culturales que necesitan mantener activa la demanda. La industria comercial no solamente responde a deseos existentes; también participa en la producción de imaginarios sobre aquello que debería desearse. El producto puede convertirse en símbolo de éxito, juventud, pertenencia, libertad, comodidad o reconocimiento. La experiencia comercial puede presentarse como una forma de realización personal. La novedad puede adquirir valor por sí misma. De esta manera, la economía no se limita a satisfacer necesidades: también participa en la definición cultural de lo que una vida satisfactoria debería contener.

Esta dinámica merece ser examinada con cuidado porque sería demasiado simple afirmar que todos los deseos contemporáneos son artificiales. Las preferencias humanas son complejas y se forman mediante la interacción entre necesidades biológicas, experiencias personales, relaciones sociales, educación, cultura, oportunidades y circunstancias materiales. Tampoco existe una frontera absoluta entre necesidad y deseo. Una experiencia cultural, un viaje, un libro, una obra artística o una comida especial pueden ser perfectamente legítimos como formas de disfrute aunque no sean necesidades biológicas. El problema aparece cuando una sociedad desarrolla mecanismos permanentes para producir insatisfacción y convertir esa insatisfacción en demanda económica. En ese caso, el consumo deja de funcionar únicamente como respuesta a necesidades y comienza a convertirse en un proceso de reproducción de deseos.

El resultado puede ser una forma particular de dependencia: no necesariamente dependencia de un producto concreto, sino dependencia de la expectativa de renovación. La persona necesita que algo nuevo ocurra para recuperar temporalmente una sensación de satisfacción. El mercado ofrece entonces una secuencia casi infinita de posibilidades: nuevos objetos, nuevas experiencias, nuevas plataformas, nuevas formas de entretenimiento, nuevas tendencias y nuevas promesas de bienestar. La novedad ocupa el lugar que anteriormente podía ocupar la suficiencia. El problema humano no es que existan nuevas posibilidades, sino que la cultura económica llegue a sugerir que una vida satisfactoria requiere una actualización permanente de aquello que se posee y de aquello que se experimenta.

La consecuencia sobre el trabajo es significativa. Si las necesidades materiales permanecieran relativamente estables, sería posible imaginar una relación entre trabajo e ingresos orientada principalmente a garantizar una vida digna. Pero si las

expectativas de consumo aumentan continuamente, el ingreso necesario para mantenerlas también aumenta. La persona puede experimentar que debe trabajar más para conservar lo que ya tiene, aunque objetivamente su nivel material de vida sea superior al de generaciones anteriores. En otros casos, puede necesitar aumentar sus ingresos para acceder a bienes que socialmente se han convertido en símbolos de normalidad. La presión no proviene necesariamente de una autoridad que ordene trabajar más. Puede surgir de una combinación de expectativas sociales, costes estructurales y deseos individualmente asumidos.

La vivienda constituye un ejemplo especialmente claro. Una sociedad puede aumentar su riqueza agregada y, simultáneamente, hacer que determinados bienes fundamentales sean más difíciles de adquirir para determinados grupos. Cuando los costes de vivienda, transporte, educación, cuidados y otros servicios aumentan, una parte del crecimiento de los ingresos puede ser absorbida por el mantenimiento de las condiciones básicas de vida. En estas circunstancias, afirmar simplemente que las personas consumen más porque quieren consumir más sería insuficiente. Existe una interacción entre necesidades reales, estructuras económicas y expectativas sociales. El análisis de la sociedad de crecimiento permanente debe, por tanto, distinguir entre consumo voluntario, consumo inducido y consumo necesario para mantener una posición social o una condición material determinada.

La relación entre trabajo y vida tampoco puede reducirse a la cantidad de horas contractuales. El desarrollo de las tecnologías digitales ha permitido modalidades de trabajo más flexibles, pero también ha difuminado las fronteras entre tiempo laboral y tiempo personal. La OIT ha señalado que algunas formas de trabajo flexible pueden favorecer el equilibrio entre vida profesional y personal, pero también pueden generar riesgos cuando amplían la disponibilidad laboral o trasladan el trabajo hacia espacios anteriormente destinados a la vida privada. La flexibilidad, por tanto, no es automáticamente sinónimo de libertad. Depende de quién controla el tiempo, qué expectativas existen sobre la disponibilidad y qué mecanismos protegen el derecho a desconectarse.

Esta cuestión resulta particularmente importante porque la aceleración económica contemporánea ya no necesita necesariamente ampliar de manera visible la jornada laboral para aumentar la presión sobre las personas. Puede hacerlo mediante la intensificación del trabajo. Responder más rápidamente, realizar varias tareas simultáneamente, asumir mayores responsabilidades, permanecer conectado, gestionar continuamente información y alcanzar objetivos crecientes puede producir una experiencia de trabajo más intensa incluso cuando el número formal de horas no aumenta. La presión económica puede instalarse así dentro de la jornada y extenderse indirectamente hacia la vida personal.

La OIT ha advertido que las jornadas prolongadas continúan siendo un problema mundial y que las cargas de trabajo intensas aparecen frecuentemente asociadas al

estrés laboral. También señala que las políticas de tiempo de trabajo que permiten conciliar responsabilidades laborales y personales pueden generar beneficios tanto para trabajadores como para empleadores. Esto introduce una cuestión fundamental para el discurso económico: proteger el tiempo humano no debe considerarse necesariamente un obstáculo para la productividad. En determinados contextos puede contribuir precisamente a mejorarla, al reducir agotamiento, aumentar autonomía y favorecer condiciones laborales sostenibles.

La economía del crecimiento permanente tiende, sin embargo, a interpretar el tiempo desde una perspectiva de oportunidad económica. Una hora que no se trabaja puede aparecer como una hora que no genera ingresos. Una tarde dedicada a la familia puede ser considerada tiempo no productivo. Un día sin consumo puede ser una jornada sin actividad económica. Esta forma de valoración es profundamente limitada porque buena parte de las actividades que sostienen una sociedad ocurre fuera del mercado. El cuidado de niños y personas mayores, el mantenimiento del hogar, la participación comunitaria, la educación informal, el acompañamiento de familiares y las relaciones sociales producen bienestar aunque no necesariamente generen una transacción monetaria.

La OCDE ha destacado la importancia de incorporar dimensiones de bienestar que tradicionalmente quedan fuera de las medidas económicas convencionales. Sus marcos actuales consideran ingresos, empleo, salud, satisfacción vital, seguridad, conexiones sociales y recursos necesarios para sostener el bienestar futuro, y han señalado la necesidad de prestar mayor atención al trabajo doméstico no remunerado y a la distribución de los ingresos. Esta evolución metodológica es importante porque modifica la pregunta fundamental. Si aquello que no se mide tiende a recibir menos atención política, entonces ampliar la medición del bienestar constituye también una forma de ampliar aquello que una sociedad considera importante.

En este punto resulta especialmente útil la perspectiva del desarrollo humano asociada a Amartya Sen. El desarrollo no puede evaluarse exclusivamente por los recursos económicos disponibles, sino por las capacidades reales que tienen las personas para desarrollar formas de vida que valoran. Una persona puede tener mayores ingresos y, sin embargo, disponer de menos tiempo para su familia, menor autonomía sobre su jornada, mayores niveles de inseguridad o menores posibilidades de participación social. El ingreso es importante, pero no representa por sí solo la libertad efectiva. Martha Nussbaum, desde su propia formulación del enfoque de las capacidades, ha situado igualmente determinadas condiciones humanas fundamentales —como la salud, la integridad corporal, la afiliación, la imaginación, el juego y la participación— dentro de una concepción más amplia de una vida digna.

Estas perspectivas permiten cuestionar una idea profundamente arraigada: que tener más siempre significa vivir mejor. En determinadas circunstancias, tener más